

dor estadounidense Jeremy D. Popkin en el recientemente publicado (Galaxia Gutenberg) *El nacimiento de un mundo nuevo*, en el que, además de ocuparse más extensamente de grupos anteriormente descuidados por historiadores europeos (mujeres, negros: excelente capítulo sobre la revolución en Haití), el autor se interesa por los debates de los revolucionarios en presencia, y señala, desde su punto de vista conservador, las diferencias esenciales entre las revoluciones francesa y rusa. En todo caso, y para una visión más panorámica y narrativa de los acontecimientos revolucionarios, mi libro favorito sigue siendo *Ciudadanos, una crónica de la Revolución Francesa*, de Simon Schama, publicado por Debate en 2019.

2. Biografías

Nada me alegra más que comprobar cómo se va cubriendo el anterior (y enorme) vacío de las biografías literarias en nuestro mercado libresco. Entre las últimas que se han publicado destacan dos: *Rubén Darío, la vida errante*, de los profesores Rocío Oviedo Pérez de Tudela y Julio Vélez-Sainz, es una nueva biografía académica pero bien

contada (un binomio no siempre presente en los textos de historiadores universitarios) del más influyente poeta hispánico de finales del XIX y primer cuarto del XX. El libro está publicado por Cátedra dentro de su meritoria colección de biografías literarias; la única pega que puede ponerse es la ausencia de índices onomásticos y temáticos, algo que, con los medios informáticos, no resultaría difícil implementar. *Lem. Una vida que no es de este mundo* (Impedimenta, traducción de Bárbara Gil), de Wojciech Orłinski, es la primera biografía publicada en español del inclasificable polígrafo polaco Stanislaw Lem (1921-2006), cuyas obras (especialmente las clasificadas como ciencia ficción) han sido traducidas por varias editoriales españolas. Desde hace unos años, Impedimenta tiene en su catálogo buena parte de la obra del autor polaco, incluyendo, por supuesto, la profundamente filosófica (y freudiana) *Solaris* (1961), llevada al cine, entre otros, por Andréi Tarkovsky (1972) y Steven Soderbergh (2002). Más modesta, pero igualmente meritoria es la colección de biografías breves *Vidas Térmicas* de la editorial malagueña Zut, un sello fundado por el novelista Juan Bonilla y el abogado y editor Carlos Font que descubrió hace unos años gracias a la publicación de

Morgue (1912, traducción de Jesús Munárriz), el tremendo libro de Gottfried Benn (1886-1956), del que todavía recuerdo la impresión que me produjo el poema *Sala de parturientas*. En la colección *Vidas Térmicas* (en torno a 100 páginas cada una) se han publicado, entre otras, las biografías de Pynchon, Ajmátova o Mohamed Chukri.

3. En el autobús

Cada vez que me subo a uno, me viene a la cabeza, aunque no venga a cuento, una frase genial del *Viaje en autobús* (1942) de Josep Pla (edición de Xavier Pla en Cátedra): “¡Qué bien estamos todos en el autobús (...) arropados en el humo de las labores variadas y finolis!”. Ya sé que el maestro catalán del castellano se refería a su viaje en un autocar de línea, pero da igual. Estos días he leído a trozos y con mucho gusto el originalísimo libro *101 autobuses de Madrid* (Abada), de Carlos Alberdi, una estupenda guía de viajes de Madrid (y de sus transformaciones) a partir de la descripción minuciosa (paisajes, gentes, lugares) de cada línea de autobús que lo recorre. Si aman y odian y aman otra vez a esta ciudad con y sin Ayuso no deberían perderse.

IDA Y VUELTA



ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Tiempos de sinrazón

Cuanto más rico y profundo es el conocimiento parece que se vuelve más contumaz la ignorancia. Nunca como ahora ha sido más accesible el saber, y nunca la ciencia y la tecnología habían sido tan eficaces a la hora de investigar la naturaleza de un virus letal y de idear vacunas y tratamientos contra él: pero da la impresión de que cuanto mayores son los avances, mayor es también el efecto reactivo del oscurantismo. Un estudio estadístico citado hace poco por *The Economist* ha revelado una correlación, en Estados Unidos, entre la defensa del derecho a llevar armas de fuego y la creencia en una lucha cósmica entre el Bien y el Mal y en la existencia del demonio. En Estados Unidos, y sobre todo en el sur, con su religiosidad bíblica y apocalíptica, la compra de armas de fuego se multiplicó durante la pandemia. Llevar pistola debe de ser una medida sanitaria más eficaz que ponerse una mascarilla, sobre todo si en la otra mano se lleva la Biblia. Pero en la Europa laica, rica y culta el negacionismo de las vacunas nos hace vulnerables de nuevo, y en muchos de los responsables científicos y de salud pública se nota un desaliento que les agrava la extenuación de una lucha ya tan larga: es el desaliento ante esa propensión incorregible de muchas mentes humanas a no aceptar los datos de la realidad y a no ejercitar el raciocinio, a no ver lo que se tiene delante de los ojos, a recelar de las personas dotadas de conocimiento y credenciales contrastadas y entregar al mismo tiempo su confianza a estafadores, brujos, videntes, echadores de cartas. En otras épocas la miseria y el atraso hacían tal vez inevitable la primacía de la superstición. Cuando no se sabe nada de las leyes de la naturaleza y se carece de defensas contra las enfermedades y las catástrofes, cualquiera puede creer en el mal de ojo y confiar en conjuros y milagros. Ahora, al menos en nuestra parte del mundo, la educación vuelve accesibles los conocimientos fundamentales a la inmensa mayoría, y casi en cada momento de la vida cotidiana puede comprobarse la fiabilidad de los saberes científicos y de las tecnologías que se derivan de ellos.

Lo peor no es que el oscurantismo niegue la ciencia y la racionalidad: es que las vuelve a su servicio. Hace ya muchos años, antes de los tiempos de internet, me llamó la atención una noticia que leí sobre las comunicaciones que establecían con la Tierra los cosmonautas rusos que pasaban meses en la estación espacial. Aparte de con sus familias, resulta que se comunicaban sobre todo con sus brujos y astrólogos personales. Hacían compatibles la astrofísica y la astrología, del igual modo que varios siglos antes Isaac Newton había seguido practicando la alquimia al mismo tiempo que dilucidaba algunas leyes fundamentales de la física. También Galileo Galilei, padre del método experimental, explorador de los cráteres de la Luna y



Una mujer, en un santuario en Pensilvania de la Iglesia de la Unificación, que cree que el rifle AR-15 simboliza la “barra de hierro” del Apocalipsis. GETTY IMAGES

“**Los cosmonautas rusos se comunicaban con sus brujos y astrólogos. Hacían compatibles la astrofísica y la astrología**

de la aceleración de los cuerpos, era devoto de la Virgen de Loreto, y peregrinó una vez a su santuario, dando vueltas de rodillas a la casa natal de la Virgen María, transportada milagrosamente desde Belén a Italia por los ángeles, cuando estaba a punto de ser derribada por unos impíos sarracenos. Cuando irrumpió internet, los profesionales del optimismo tecnológico auguraron que se abría una nueva época como de ilustración universal, libre ya de la presunta tiranía de los poseedores tradicionales del saber, así como de la necesidad de cualquier esfuerzo, aprendizaje o disciplina: no harían falta ya periódicos, porque gracias a internet cualquiera podía ser periodista; los profesores ya eran superfluos, porque muchos eran mayores y torpes y lo que ellos pretendían enseñar o era inútil o los estudiantes, nativos digitales, ya lo aprendían por su cuenta; y ni siquiera era necesario estudiar ni aprender nada —esos temibles y desdeñados “contenidos”— porque cualquier información que uno necesite la tiene al alcance de un clic en la Red. Es como decir que no hace ninguna falta esforzarse en aprender un idioma, si cualquier palabra o cualquier frase pueden encontrarse traducidas al

momento en la pantalla del teléfono. La alianza ya antigua entre psicopedagogos y comisarios políticos había tenido efectos devastadores en la enseñanza: ahora se han sumado a ella los idólatras felices de la tecnología, que tan buenos servicios prestan a esos tres o cuatro monopolios que ahora dominan el mundo.

Durante la pandemia hemos descubierto, por si no lo sabíamos, el valor de la sanidad pública. Pero igual de decisivo es el de la instrucción pública, porque estamos viendo que el oscurantismo militante causa contagios y muertos, y nos vuelve tan vulnerables al virus de la covid como al de la demagogia y la irracionalidad, que son los equivalentes políticos del esoterismo, del curanderismo, de las pseudociencias. Se vota a un demagogo populista por la misma depravada confusión mental por la que se acude

a un tarotista o a un astrólogo, buscando remedios mágicos a problemas reales o a fantasías o delirios. En internet hay artículos de gran seriedad que enseñan cómo distinguir a un tarotista riguroso de un impostor. En Barcelona, cuenta en este periódico Jesús García Bueno, una mujer ha denunciado a una tarotista célebre por haberla amenazado y acosado después de cobrarle más de 30.000 euros con la promesa de que iba a ayudarla a salir de sus apuros económicos. Cuando la mujer acudió a ella, el diagnóstico de la tarotista fue terminante: “Tienes mal de ojo, llevas un muerto a la espalda y tus perros van a morir”. El remedio a aquellos apuros incluía la intervención de un “abrecaminos”, que rezaría diariamente durante varias horas para disipar el maleficio, así como el viaje de un exorcista a Jerusalén, a fin de enterrar allí unos collares de los perros y unos calcetines de esta mujer. Como su cuenta en el banco estaba bloqueada, para pagar a la tarotista acudió a su propio fondo de pensiones. Pero esta mujer no es una pobre ignorante: tiene la carrera de Derecho y trabajó como profesora hasta su jubilación. Dice que estaba tan desesperada que si la tarotista le hubiera pedido 100.000 euros, habría sido capaz de robar para conseguirlos. Hasta el organismo más vigoroso puede ser vencido en poco tiempo por el ataque de un virus. La mente humana es tan propensa a la sinrazón que es preciso fortalecerla sin reposo con la disciplina del sentido común y del conocimiento, con los anticuerpos de la libertad de espíritu agudizada por el continuo aprendizaje de lo racional y lo real.